



APARICIONES DE JESUCRISTO en la Sagrada Eucaristía.

Una de las más célebres apariciones de Cristo en la Sagrada Hostia, fué la que acaeció en tiempo de San Luis Rey de Francia. Duró tanto espacio, que dió lugar á que fueran á llamar al Rey para que la presenciara. San Luis sonrió tranquilamente y dijo: *No necesito ver para creer lo que creo con más seguridad que si lo viese.* Sublime contestacion digna de aquel hombre!

Tambien á Santa Ida se apareció N. S. tres veces en forma de niño, cada vez de mayor estatura; y en pos de cada una de esas mercedes, aquella santa se sintió inundada durante cuarenta dias de gozo interior. Santa Verónica de Binasco vió con ojos corporales á Jesucristo circundado de coros angélicos.

Vaulen, religioso de la Orden de Cister, vió en la Hostia al Niño Jesús llevando en la mano una corona de oro con engarce de piedras preciosas, vestido de una túnica más blanca que la nieve, y mostrando rostro sereno y mirada refulgente. Tambien á Pedro de Tolosa se le apareció maravilosamente hermosísimo el Niño Jesús en el momento de elevar la Sagrada Hostia celebrando el Santo Sacrificio de la misa; y aunque atemorizado por aquella vision cerró los ojos, continuó N. S. mostrándosele, y lo mismo le sucedió cuando hubo vuelto la cabeza, pues adonde quiera que mirase, veía el Niño Dios posado, ora en la mano, ora en el brazo del digno sacerdote, repitiéndose este milagro todos los dias durante tres ó cuatro meses. A otro sacerdote de Moncada (reino de Valencia) que andaba atribulado por dudas acerca de la validez de su ordenación, sucedióle que celebrando Misa un dia de Navidad, y en el momento de elevar la Hostia, una niña de cuatro años y medio que asistía al Santo Sacrificio vió en manos del celebrante al Niño Jesús en lugar de la Sagrada Forma: encargó el sa-

cerdote á la niña que mirase con más atención al dia siguiente, y se renovó el prodigio; no satisfecho con esto, otro dia tomó del altar tres formas, consagró dos, comulgó con una de ellas y presentó las otras dos á la niña, la cual sólo en la que estaba tambien consagrada vió á Jesús, no viendo nada en la que no lo estaba.

Análogas visiones se refieren acaecidas á Santa Ángela de Foligno, á San Hugo de Cluny, á San Ignacio de Loyola, á Santa Liduwina, á Dominica del Paraiso, y á otros siervos de Dios. Santa Catalina de Sena vió multitud de veces, y bajo diferentes formas, á Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, pero casi siempre rodeado de ángeles que tenían suspendido un cendal de oro, símbolo del augusto misterio, y en medio de ellas una hostia con la imagen de un niño: otras veces veía grupos de ángeles y santos adorando á Nuestro Señor en el altar; otras se le aparecía Jesús rodeado de aureola de fuego, y ella misma se sentía entonces como anegada en un piélago de llamas, junto con el sacerdote y el Salvador de los hombres, sucediendo no pocas veces que la luz irradiada del altar iluminaba todo el templo. Por último, un dia, en el momento de dividir el sacerdote la sagrada Forma, vió aquella santa el cuerpo de Nuestro Señor todo entero en cada fraccion. Es de notar que en todas estas visiones Jesús se le aparecía siempre de diversa edad.

Maria de Oignies veía tambien muchas veces en el momento de la elevacion de la Sagrada Forma á Nuestro Señor en figura de niño circundado de ángeles; y cuando el celebrante comulgaba sentía ella penetrar á Jesucristo en su alma, é inundarla de esplendor maravilloso; otras veces le veía en figura de paloma, y por lo comun, en cada fiesta especial de Nuestro Señor veíale revestido de forma correspondiente al especial misterio que se conmemoraba: por ejemplo, en Navidad, le contemplaba recostado en el regazo de María Santísima, y en la fiesta de la Purificación, en brazos del santo Simeon.

Otras veces Nuestro Señor se ha mostrado visible á toda una asamblea de fieles, como refiere Catimpré haber sucedido en la iglesia de Saint-Amé, en Douai (Francia), cierto dia que habiéndosele caido de las manos la Hostia al sacerdote celebrante, y mientras éste con ansia piadosa se arrodillaba para recogerla del suelo, la Sagrada Forma se levantó por sí misma, y fué á colocarse en los corporales: el sacerdote llamó inmediatamente á los canónigos para que, juntos con todo el pueblo, presenciasen el milagro que se obró entonces, y fué mostrárseles un hermosísimo niño recostado sobre el altar.

La mística atraccion que el Santísimo Sacramento ejerce con los Santos, es reciproca, pues á su vez ellos la ejercen con el Santísimo Sacramento. Muchas veces se le vió como saltar del copon y de manos del sacerdote para ir á posarse en la boca de Verónica de Binasca. Arrebatada en éxtasis Santa Teresa de Jesús cierto dia que iba á comulgar, se levantó á tal altura del suelo que el sacerdote no alcanzaba á darla la Sagrada Forma; pero ésta saltó súbitamente de entre sus dedos, y fué á posarse en la lengua de Teresa. Igual merced fué concedida á Isabel de Jesús, de quien se refiere que habiéndola mandado su confesor abstenerse, por via de mortificacion, del sagrado banquete, logró tambien, cierto dia que estaban comulgando sus hermanas religiosas, que una de las Formas saltase de las manos del sacerdote á los labios de ella. Refiere el beato Raimundo de Capua que, recién llegado él de cierto viaje, mostróle Santa Catalina deseos vehementísimos de que la diese la Sagrada Comunion: que cansado como estaba de su jornada, habría preferido aplazar hasta el dia siguiente el cumplimiento de aquel deseo; pero que apremiado por las instancias de la Santa, desde luego se puso á celebrar; y llegado que hubo el momento de darla la Comunion, vió resplandecer su rostro como de ángel, y dijo interiormente al Santísimo Sacramento: *¡Id, Señor, volad á vuestra espo.*

sa»: tras lo cual, efectivamente, en el momento que iba á tomar en sus manos la Sagrada Forma, la vió salir como disparada flecha y posarse en los labios de Catalina. El mismo sacerdote refiere haber oído á personas de uno y otro sexo, plenamente fidedignas, que muchas veces habian visto del propio modo la Hostia volar á los labios de aquella Santa cuando iba á recibir la Sagrada Comunión. Otro sacerdote refiere también que varias veces, al dar la comunión á San Hipólito, vió la Hostia saltársele de las manos, como si el Santo fuese un imán, y la Sagrada forma acero; añadiendo que en aquellas ocasiones el rostro de Hipólito, enrojecido y como ardoroso antes de recibir á Nuestro Señor, tornábase despues de recibirle como el ampo de la nieve. Cierta dia que Simon de Alna se habia acercado á comulgar, cayósele al sacerdote de las manos al suelo la sacra Forma que habia de administrarle; y cuando iba á arrodillarse para recogerla, rogóle Simon que aguardase un instante hasta que él hubiese preguntado á Dios si por ventura era aquello señal de que le juzgase indigno de hospedarle en su seno: no bien lo hubo dicho, cuando la sagrada forma se levantó por sí misma del suelo, y fué á posarse en la boca de Simon.

Nuestro Señor mismo, como también sus ángeles y santos glorificados, han administrado muchas veces la Sagrada Comunión. Sobre esto tenemos un bello y edificante ejemplo acaecido á Santa Juliana de Falconieri, y bien que sea pasaje histórico muy conocido del público piadoso, parécenos del caso reproducirle aquí. Atacada de mortal dolencia, gemía sin consuelo aquella santa, porque habituada como habia estado toda su vida á frecuentar el augusto Sacramento, veíase impedida de recibirle como Viático, á causa de vómitos incesantes que la atormentaban. Piadosamente trataban de consolarla su confesor y las demás personas que la asistían, instándola á que se acordase del desamparo padecido por Nuestro Señor en la Cruz, y se resignase á la voluntad de Dios, ofreciéndole aquellas vivas ansias de recibirle y satisfaciéndolas de este modo en parte, pues que otra cosa no la era dado hacer. Consolada, en efecto, con estas reflexiones la moribunda, y despues de recibir con inequívocas señales de humilde acatamiento la Sagrada Extremaunción, dió una vuelta, dice el autor de este pasaje, en su reducido lecho, y olvidando entonces extraordinariamente gozosa las ansias de su agonía, empezó á conversar dulcemente con su ángel custodio y á demandarle fervorosamente asistencia en

aquel terrible trance. Empleando así en estos devotos ejercicios aquellos sus instantes postreros, aparécensela de súbito tropas de ángeles que la visitan en figura de blancas palomas, y con ellos Jesucristo mismo, que, bajo la forma de un hermoso niño, la ciñe diadema olorosa de flores del paraíso. «¡Oh, Jesús mió! exclama entonces con lágrimas y gemidos! ¿Será posible que se me niegue verte al menos, ya que no me es dado recibirte en tu adorable Sacramento? Traiganmele por caridad y pónganle junto á mi lecho, ¡para que siquiera yo le vea!» El Padre Giacomo, capellan de las religiosas, aprobó este deseo de la Santa, y tiernamente codicioso de darla al menos aquel consuelo espiritual mandó traer la Sagrada Hostia para que la adorase Juliana; la cual, tan luégo como la tuvo presente, ardiendo en llama de amor, intentó varias veces arrojarse del lecho para adorarla; pero con gran pena suya, no lo pudo hacer al pronto por su extrema debilidad hasta que recogiendo al fin sus fuerzas, y como arrastrada por secreto irresistible empuje de su ardiente amor, logró sacar fuera de su jergon el cuerpo, lo bastante para dar con la faz en tierra, y allí, tendidos los brazos en cruz, adorar humildemente á Jesús Sacramentado. En aquel momento mismo, su rostro pálido, demacrado por largos y crueles padecimientos, recobró los colores sonrosados, y resplandeció como de ángel, mostrando en todas sus facciones el ardoroso anhelo de alimentarse de aquel pan celestial que tenia delante. Y como es propio del amor no sentirse satisfecho hasta poseer plenamente el objeto amado, Juliana no podia menos de seguir ideando todos los medios posibles de idemnizarse de la penosa privación á que se veía sujeta; por lo cual pidió venia para besar con humilde acatamiento la Sagrada Hostia. Negándole el sacerdote este consuelo, pidióle que siquiera unos instantes la dejase poner sobre su seno el cuerpo de su amado Jesús; y tanto y con tales ansias y suspiros demandó esta gracia, que el sacerdote, enternecido, y sobre todo, movido por el conocimiento que tenia de las muchas virtudes de la moribunda y por aquel espectáculo de amor tan piadosamente inflamado, la concedió lo que pedia. Tan luego como hubo aplicado al casto seno de la santa virgen el Santísimo Sacramento, ella, consumida de amor y reconcentrando con supremo esfuerzo los escasos alientos vitales que la restaban, exclamó: «¡Oh, mi dulce Jesús!» y dichas estas palabras, espiró dulce y serenamente. Pero en el acto de exhalar el último suspiro, vióse desaparecer la

sagrada forma y hundirse como dardo de fuego en el seno de la doncella, dejando impresa en él una señal semejante al Crucifijo grabado en la Hostia, cual si de este modo Jesús hubiera querido hacer patente que despues de fortalecer á su virginal esposa en el trance de la muerte, habia querido, además, acompañarla al cielo. (1)

Innumerables serían los ejemplos que tendríamos que citar si hubiéramos de recordar todos los prodigios con que Dios ha patentizado, ante los hombres, la presencia real de su Unigénito en la Eucaristía. Basten éstos para despertar nuestra devoción, que nunca como en la presente octava del Corpus, debemos hacer pública, acompañando solemnemente á Cristo en las procesiones que la invasora impiedad no ha podido evitar aun, se celebren en España. Tal vez lo logre algun día, pero mientras ese dia no llegue, que no nos quede, al menos, el sentimiento de haber hecho con Jesús lo que esos hijos espúreos y miserables que, por mejor parecer, llegan hasta cometer la vileza de avergonzarse de su mismo padre.

ADOLFO CLAVARANA

SECCION RECREATIVA

Los derechos del hombre

Segun parece, el hombre, hace cien años, era un ser muy desgraciado que no tenia derechos. Sentado á la sombra del oscurantismo, lloraba á moco tendido esperando un dia y otro dia al Mambrú de la libertad, que habia de venir á redimirle vestido de miliciano.

Y ¡oh dicha! el Mambrú vino, y de la primera embestida abrió las puertas de las cárceles, y dió rienda suelta á los voluntarios del pecado mortal, que estaban encerrados en los antros del fanatismo sin poder dar á luz los adelantos de sus ciencias respectivas.

Los primeros que salieron fueron los políticos: tenían el número uno.

El primero *Soberbia*.

¡Viva la libertad! gritaron con todos sus pulmones. ¡Viva la igualdad! ¡Abajo los que mandan!

Y del primer viaje mandaron ellos esca-bechar á Luis XVI.

Y del segundo mataron á su mujer y á su hijo.

Y del tercero despacharon más de un millón de franceses.

Y últimamente, no sabiendo ya á quien rebanar el pezcuezo, se lo rebanaron reci-

(1) Léase Faber: «Las obras y las vias de Dios.»

procamente unos á otros dejándose solo los rabos para simiente.

Mas tras de los políticos tocó el turno á los hombres de uñas: número dos.

El segundo *Avaricia*.

Este *derecho* antiguamente estaba muy estropeado; porque administrada una gran parte de la riqueza social por las llamadas *manos muertas* que todo se lo daban á los pobres, era preciso sacarla de la esclavitud para que *medrasen los talentos*.

De esto se encargaron las *manos vivas*.

Y por cierto que se dieron tal maña, que en menos de cincuenta años no conoció ya al mundo la madre que lo habia parido.

Grandes empresas, grandes compañías, grandes industrias, grandes lios; todo lo grande hizo fortuna á costa de lo pequeño que se lo llevó el diablo.

La ballena respiró ya tranquila, y pudo tragarse al salmonete.

Y tras el segundo *derecho* vino el tercero.

Este si que era feo. Sin embargo debia tambien salir á luz.

El tercero *Lujuria*.

La revolucion no pudo menos de acariciar al monstruo al sacarlo de las tinieblas.

«¡Pobrecito! le dijo pasándole la mano por el lomo, ¡qué mal parado te habia puesto el fanatismo! Crece, hijo mio, crece: que el mundo se ha hecho para gozar.»

Y desde aquel dia la juerga pornográfica llegó á la cumbre, las artes *progresistas* tocaron su apogeo y se hicieron ricos los comerciantes en *cacao*.

Música, pintura, libros, periódicos, teatros, todo fué libre para revolcarse por las alcantarillas de la civilizacion liberal, y presentarse luego al público en trage de confianza.

¿Qué más podía pedirse ya á la revolucion? ¿Qué *derechos del hombre* le quedaban por conquistar?

¿La ira, la gula, la ambicion, la truhanería, la libertad de engañar al prójimo, de estafarlo, de comérselo por un pié, de asesinarlo y destriparlo en medio de la calle?

Esto eran ya pequeñeces que no valian la pena. Para arreglarlas cogió Mambrú los códigos de Europa, les cortó las uñas, y asunto concluido.

Desde aquel dia fué más peligroso ser juez que ser criminal.

¡Oh revolucion felicísima! ¡Oh rehabilitadora del derecho de *torcernos*; ¿cómo no saludarte, aplaudirte y glorificarte levantando á tu memoria torres de hierro que lleguen hasta el cielo?

Necesarias eran esas torres para poder subir por ellas y llegar hasta Dios y decirle:

«Tú, ¡oh Dios! eres muy sabio; pero en esta ocasion los hombres lo hemos sido mucho más. Tú nos impusistes los diez mandamientos; tú nos digiste:

»Amarás al Señor tu Dios.

»No jurarás en vano.

»Honrarás padre y madre.

»No matarás.

»No fornicarás.

»No hurtarás.

»No mentirás.

»No adulterarás.

»No codiciarás;

Y nosotros en nombre de nuestra *razon libre* te hemos contestado que naranjas de la china.

Y acto continuo hemos sacado nuestro código de los *derechos*, y hemos leído:

«Te amarás á ti mismo sobre todas las cosas.

»Blasfemarás como te dé la gana.

»No obedecerás á Rey ni á Roque.

»Desafiarás al primero que te mire con malos ojos, y le sacarás los redaños.

»Te dedicarás al amor libre.

»Y á nivelar los bolsillos del prójimo.

»Y á mentir como más te convenga.

»Y á quitarle á quien se ponga por delante, no solo la mujer, la honra y el dinero, sino hasta el quijal del juicio si te aprovecha para hacerte un dije para el reloj»

Si, revolucion admirable; te debemos conquistas muy *preciosas*.

Por eso nosotros los españoles cada vez que Paris, Sinaí escogido por el diablo para promulgar el derecho moderno, celebra una exposicion para festejarte, enviamos á ella todo lo más hermoso y *liberal* que tenemos á mano.

Te enviamos nuestros *cantaos* y *baiaos* flamencos para que conozcas nuestros progresos en las artes.

Te mandamos nuestros *mataos* de toros, *picaos*, banderilleros, y hasta monos sabios y zurce-mondongos para que tengas una muestra de nuestra ilustracion y nuestra cultura.

Y te mandamos en fin, hasta nuestros gitanos andaluces de color de zapato viejo, para que por añadidura sepas tambien que somos guapos.

Lo único que no hemos podido mandarte jamás han sido nuestros recaudadores de contribuciones, porque es gente que está aquí muy ocupada.

En cambio otras naciones te obsequian con otros adelantos por el estilo.

Alemania te envia sus cañones Krup, próspera industria que en el año 33 no

ocupaba más que nueve operarios, y hoy sostiene veinte mil novecientos sesenta y pico.

Inglaterra te manda sus Chamberlaines y sus socialistas que crecen y se desarrollan que es un gusto.

Austria sus banqueros judios que se la comen por un pié.

Italia su ambre canina, sus devotos de Satanás y sus adoradores del oficial de Garibaldi.

Y en fin, el mundo entero sus progresos todos, hijos de tu famosa conquista.

El pueblo es el único que nunca podrá mandarte nada como no te mande los pañales del faldon.

Y es que al pobre pueblo le ha pasado lo que al tio Pitita cuando sus hijos, que eran de lo más *avanzado*, lo sacaban todos los dias de su casa vestido de miliciano para que victoreara á la libertad mientras uno de ellos se metia por una ventana para desplumarlo.

—Hijos míos, les dijo escamado al cabo de algunos dias; ¿que *enreo* es este que desde que anda tanto la *libertad* cada dia echo de menos una cosa? Antea-yer me quitaron los cuartos del arca; ayer me birlaron la *capa* nueva; y hoy se han comido la pava que tenia en el corral.

—No sea usted intransigente, abuelo, le contestó el mayor, esos son *derechos del hombre*.

—¿Pero es que yo no soy hombre? ¿Es que yo no tengo derechos?

—Si, señor; pero á usted nadie le quita el suyo.

—¿Cual?

—El del *pataleo*.

Que es el único que le queda al pueblo que ora, trabaja y paga, desde que derogados los derechos de Dios han venido á sustituirlos los derechos del diablo.

ADOLFO CLAVARANA.

SUETOS Y VARIEDADES

No hay más que Dios.

Placeres, ilusiones, fantasías,
Múltiples ideales amontona
En el dintel de juveniles años,
Ardiente afan de bienandanza y honra.
Despierta el hombre en el embate rudo
De aquella dicha que su mente forja,
Y le deslumbran con su falso brillo
Mentidos sueños y esperanzas locas
Del oro vil el májico atractivo
Del torpe amor enbelesante copa,
Oscuro laberinto de ambiciones,

